

EL TIEMPO Y LA MEMORIA. CONVERSACIÓN CON LUIS ORTEGA*

Waldo Leyva**

Cultura

Considerado como un clásico del periodismo cubano, Luis Ortega se acercó a la letra impresa impulsado por una temprana vocación de narrador que persistía en su oralidad fluida y cautivante, en su relación polémica y creativa con el tiempo y la memoria.

Ese acercamiento a la literatura le permitió establecer vínculos de amistad y colaboración con escritores como Gastón Baquero (con

* Entrevista publicada en 1994, en el número 5 de la *Gaceta de Cuba*, revista cultural de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Los polémicos planteamientos sobre el concepto de cubanidad, abordados por Luis Ortega al final de esta entrevista, motivaron unas “apostillas” de Abel Prieto, que también se publicaron en la *Gaceta*.

** Escritor, periodista y poeta cubano. Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en México.

quien fundó la revista *Clavileño*), Lezama Lima (a quien muestra “portándose a sí mismo” en la entrevista que sigue), Enrique Labrador Ruiz, Jorge Mañach, Miguel de Marcos y Virgilio Piñera, entre otros. De esa época quedan, dispersos y olvidados, algunos cuentos y relatos que nunca llegaron a formar parte de libro alguno. “Ser escritor en esa época —me decía Ortega en una conversación reciente—, requería no sólo de talento sino de una gran voluntad. No bastaba con escribir el libro, debías tener los recursos para publicarlo y, después, buscar en los periódicos a alguien que quisiera comentar tu obra”. Desde luego que ésta no es suficiente excusa para alejarse de la literatura y el sagaz periodista lo sabe. “Lo que ocurrió realmente

es que descubrí mi vocación por la noticia, mi capacidad –mayor o menor– para descubrir la esencia de los sucesos y las cosas y opinar, casi siempre, desde un ángulo polémico”. Porque, para Luis Ortega el periodismo es, sobre todo, la posibilidad de arriesgar una opinión, de poner al lector en pie de guerra contra algo o contra alguien.

En 1943 entra a formar parte del equipo de *Prensa Libre* y, en breve, se convertirá en una de sus figuras principales. Debido a su influencia, el diario se transforma de un periódico destinado, especialmente, a la crónica roja o de carácter policial, en un órgano eminentemente político. Esto le permitió relacionarse –a veces estrechamente– con las principales figuras que regían el destino del país y con algunos de los que se proponían su transformación. Testigo excepcional de su época, conoce como nadie todos los entramados de la política y de los hechos que marcaron una etapa tan intensa como la década de 1943 a 1953; periodo poco estudiado en el que actuaron algunos de los protagonistas principales de nuestra historia contemporánea y figuras que, si bien no tuvieron un papel relevante, merecen, sin embargo, un reconocimiento, porque están en los fundamentos mismos de nuestra razón como país independiente.

Después del golpe de Estado de 1952, Ortega abandona *Prensa Libre* y funda el periódico *Pueblo*. La breve historia de su paso por *Pueblo*, la relató en una entrevista que le hizo Nicolás Ríos para *Contrapunto* (febrero, 1994). Al día siguiente del asalto al Cuartel Moncada, relata Luis Ortega, el gobierno de Fulgencio Batista decreta la censura de *Pueblo*, *Prensa Libre*, *El Mundo* y *Bohemia*: “... se metió la policía en el periódico –continúa– destruyeron las planas, me golpearon. Eso ocurrió el 27 de julio de 1953. Me satisface que el único periódico que cumplió el pacto de ‘no aceptar la censura’ fue *Pueblo*... No salió. El que tuvo que irse a los pocos días fui yo”.

Desde entonces, y salvo un breve paso de unos meses por la Isla, en 1959, Luis Ortega ha permanecido fuera del país, principalmente en Es-

tados Unidos. La circunstancia de haber estado fuera de Cuba durante más de 40 años lo convierte, también, en un testigo excepcional de lo que se denomina, de distintas formas: el exilio, la diáspora, la emigración cubana, o la comunidad cubana en el exterior. Su visión sobre este fenómeno social es implacable: “El cubano de Miami –dice en un artículo publicado recientemente en *Contrapunto* (julio, 1994)– se ha segregado totalmente del tronco nacional cubano. Es falso eso de que conserva la lengua y las costumbres. En rigor, no es la misma lengua y tampoco son las mismas costumbres”. Antes ha señalado: “La idea de que es un ‘exiliado político’, y de que lucha por la liberación de su patria para regresar a ella es absurda. Es una peligrosa invención de la propaganda”.

Para este periodista –que considera como única conducta aceptable en un profesional de su oficio, ejercer la opinión libremente, sin detenerse a pensar en riesgos, porque el riesgo mayor es el juicio inapelable de tu tiempo, al que te debes– para este periodista, repito: “Hay que preservar la independencia y la autodeterminación... hay que apoyar la tesis de que la revolución se transforme a sí misma, desde dentro, sin presiones externas”. Y aclara de inmediato:

Yo nunca fui partidario de la revolución. Estuve contra ella desde el principio. Es más, la preví, la temí, la combatí... Cuando los que hoy, desde Miami, incitan a la guerra y proclaman hasta la necesidad de ajusticiar a todos los responsables de la revolución, cuando esos mismos individuos estaban en Cuba participando en la etapa más feroz del proceso revolucionario, yo estaba al otro lado. [Y concluye:] Mi posición era correcta entonces y creo que es correcta ahora.

En esta entrevista para *La Gaceta* he querido revelar su vínculo con la cultura. Aquellos momentos en que se me escapa y aparece el polemista, el periodista de opinión, lejos de afectar el testimonio inapreciable, lo enriquecen. Aspiro a que los lectores sientan la misma satisfacción que experimenté, conversando con Luis Ortega.

— *En un encuentro anterior, donde surgió la idea de esta entrevista, nos hablabas de la revista Clavileño y de tu participación en su salida. ¿Cómo fue que surgió la idea de la revista? ¿Cómo fue que te vinculaste a aquel grupo? ¿Existía un vínculo con el grupo que después va a fundar, con Lezama, la revista Orígenes o sólo con algunas de sus figuras principales?*

Estamos hablando de cosas que ocurrieron hace casi sesenta años y la memoria a veces se enreda... Mis relaciones con aquellos grupos fueron siempre periféricas. Recuerdo que la primera revista, en la cual aparece Lezama Lima como director, junto a Manolo Menéndez Massana, se llamaba *Verbum* y se publicó con fondos de la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad de La Habana. Aparecía como órgano de los estudiantes de la Escuela de Derecho. La próxima aparición de Lezama fue en *Espuela de Plata*, que produjo una gran conmoción en las gentes jóvenes... El hermetismo de la revista fue una especie de desafío para los que en aquellos tiempos se dedicaban a la poesía y, en general, a la literatura. Las gentes serias se burlaban de Lezama. Era un bicho raro en aquel ambiente.

— *¿Y cómo surge Clavileño?*

Tengo la idea de que fue un proyecto que brotó de las conversaciones entre Gastón Baquero y yo, allá por el año 1940, más o menos. Baquero y yo solíamos andar juntos, compartiendo la miseria en los cafés y coincidiendo siempre en las bibliotecas. Nos reuníamos en la Biblioteca Municipal, que estaba en la calle Neptuno. O en la Nacional, que estaba en el Castillo de la Fuerza. O en la Biblioteca del Senado, que estaba abierta al público. Primero, conseguimos una página entera en el magazine dominical del diario *El Mundo*, que en aquel tiempo dirigía José Z. Tallet. Y después pasamos la página al diario *La Discusión*, que estaba cerca de la Catedral. Baquero publicó algunos ensayos muy lúcidos sobre la poesía. Yo publiqué uno sobre Kafka. Pero en realidad, aquellas páginas no tuvieron mucha resonancia. Por eso se nos ocurrió publicar *Clavileño*. Era, en rigor, una revista de poesía, muy bien impresa, y como trasfondo, en la primera página, en rojo o azul,

poníamos un dibujo, creo que de Portocarrero, de líneas muy finas, del caballo del Quijote...

— *¿Tú publicaste algo en aquella revista?*

Nada. Mi relación con la poesía ha sido siempre muy distante. Inclusive soy un mal lector de poesía. Nunca he cometido el error de escribir versos. Yo me orientaba, más bien, hacia la novela o el cuento. O hacia el ensayo. Yo diría que nunca tuve una vocación literaria muy firme. Como Borges, me enorgulleczo más de lo que he leído que de lo que he escrito.

— *¿Quiénes participaban en Clavileño?*

Baquero, Justo Rodríguez Santos, Emilio Ballagas, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Portocarrero, Fina García Marruz... Hacíamos la revista en una imprenta muy modesta que estaba en la calle San Miguel y la tirada era muy reducida. No recuerdo todos los nombres que aparecían en la portada. Nos reuníamos en la casa de Fina y Bella García Marruz, en la calle Neptuno, para decidir el material. Eso ocurría allá por el año 1942, si no me falla la memoria. Salieron bastantes números...

— *¿Qué relación existía entre este grupo y el de Lezama?*

Sospecho que las relaciones eran siempre conflictivas. El deporte favorito era hablar mal unos de otros, y todos de Lezama. Lezama cuidaba su hermetismo con un celo admirable. La *Espuela de Plata* de Lezama era impenetrable. Era una especie de santuario. La lealtad de Baquero a Lezama era conmovedora. Nunca dejó de llamarlo "El Maestro". En realidad, Lezama ejercía un magisterio riguroso... Era todo un personaje. Todas las noches, probablemente al sonar el cañonazo de las nueve, Lezama salía de su casa, en Trocadero, donde vivía con su madre y sus hermanas, y se encaminaba hacia el Prado, con paso lento, con un tabaco en la boca. Lo más probable es que acabara de comer opíparamente, como solía hacer. Es posible que se hubiera pasado todo el día leyendo, porque era un formidable lector. Se le veía avanzar por el Prado, alto, corpulento, con un vientre algo abultado, con saco y corbata... Al llegar a la esquina de Industria, cruzaba hacia la acera del

American Club, pasaba frente al Hotel Siboney, un sitio que más tarde sería la esquina predilecta de Fidel Castro, llegaba al Bar Partagás, en Prado y Neptuno y, entonces, se perdía por los vericuetos de la Manzana de Gómez... Los que en aquellos tiempos no teníamos otra cosa que hacer que esperar el momento de conseguir un café con leche y pan con mantequilla, solíamos usar los bancos del Paseo del Prado para agotar las conversaciones literarias y el intercambio de chismes. Nos sabíamos de memoria el itinerario de Lezama Lima, quien se portaba a sí mismo como un estandarte. Por las mañanas, casi todos los días, se le podía ver en una librería que estaba en Obispo y Compostela... O tal vez en O'Reilly. Siempre sentado al fondo del establecimiento, emitiendo dictámenes casi siempre oscuros... Y siempre implacables.

— *¿Qué importancia le das tú a ese grupo?*

Fue un grupo de escritores y poetas que se sublevaron contra la mediocridad del ambiente cubano. No hay que olvidar a los artistas. Eran los tiempos en que Batista ejercía el mando desde el campamento de Columbia o ya, a partir de 1940, desde la presidencia... Estamos hablando de aquel periodo de 1940 a 1944. El país estaba en manos de una casta de políticos mataperros que lo controlaban todo. Las gentes jóvenes no teníamos a dónde ir, salvo meternos en las bibliotecas o en los cafés. Las libertades públicas eran muy limitadas. Los escritores más conocidos no tenían facilidades para publicar sus obras. No había editoriales. Lo más frecuente era que los escritores que lograban algún nombre se metieran en la política, o aspiraran a ser ministros o embajadores. Es decir, existía una manera “correcta” de escribir y pensar que podríamos llamar casi “oficial”. Lezama, con su oscuridad, con su hermetismo, con su rigor literario, con su conducta distante, representó para los jóvenes algo nuevo. Yo me atrevería a cometer la irreverencia de decir que el barroco en Lezama fue una manera de protestar contra el medio cultural. Fue algo así como un disfraz que se convirtió en naturaleza. Nunca olvidaré un artículo que publicó Jorge Mañach en *Bohemia*, por aquellos días, declarando, enfáticamente, que no entendía a Leza-

ma. Tuvo algo de burla y de mala intención. Es como si hubiera dicho: “si yo soy uno de los escritores más cultos de este país, y no entiendo a Lezama, eso quiere decir que Lezama está hablando pura paja”. En el tono habitual de Mañach, siempre medido y discreto, eso era lo que quería decir, en definitiva. No lo entiendo, repetía. No recuerdo bien si Lezama contestó. Pienso que se aterrorizó y se metió en su casa. El artículo de Mañach era directo y al pulmón. Lezama no tenía mucha vocación para la polémica. No creo que supiera polemizar. Era demasiado oscuro y hermético. Mañach era una figura importante...

Mis recuerdos son vagos. Han pasado muchos años. Además, yo he tenido varias encarnaciones. A mi vida le ha faltado una cierta continuidad. Yo tenía mi biblioteca y mis archivos y los pude usar mientras vivía en Cuba, hasta 1953. Después, todo estalló en torno mío. Empecé a vivir en el destierro y a ser otra persona. Es decir, a partir de mi ruptura con Cuba, en 1953, yo empecé una nueva encarnación. Luego vino la Revolución y se quedó con todo, con los libros, los papeles, los archivos. Lo único que me queda es la memoria, que no siempre es buena. En el caso de esta polémica, o conato de polémica, entre Mañach y Lezama, lo único que recuerdo es que yo me metí en el medio y publiqué un artículo en el cual no hablaba de literatura sino de conducta. Yo señalaba el hecho de que lo importante en Lezama era, precisamente, su conducta como escritor, como poeta, al margen de la política, con un rigor extraordinario, con una seriedad nunca vista en Cuba, y que contrastaba con la conducta mundana de Mañach que había llegado a ser Ministro de Educación y de Estado por la vía de la literatura. La austeridad de Lezama, consagrado a la literatura, sin ambiciones políticas, era lo que no entendía Mañach. Era un estilo nuevo, una nueva forma de ser y de hacer. Con algo de irreverencia, de lo cual hoy me arrepiento, le reprochaba yo a Mañach su vocación por la crónica social. Ni siquiera recuerdo dónde está ese artículo. Pero sí recuerdo que Mañach me respondió en *Bohemia*, en forma ladeada, un poco tímidamente, porque la polémica yo

la había sacado del tema de Lezama y lo que estaba planteando era un juicio sobre el propio Mañach, cuya frivolidad era bien conocida. No se habló más del asunto. Lezama me dio las gracias con algo de emoción.

— *¿Y esa era, realmente, tu opinión sobre el grupo?*

Sin duda. Lo más importante en Lezama fue su conducta como escritor y poeta. Rompió con la costumbre en Cuba de que todo el que escribía bien terminaba aspirando a concejal. Su vida estuvo seriamente consagrada a la literatura, sin desviaciones políticas o burocráticas. Creo que la historia me ha dado la razón. Mañach, que era un hombre de un enorme talento, fue devorado por el medio cubano. Se lo tragó la política y el periodismo y hasta la misma televisión. Lezama ha quedado en la historia como quien fue. Hoy, en universidades de Estados Unidos y Europa, se hacen tesis doctorales sobre la obra de Lezama. Una obra cuyo contenido, por cierto, no me entusiasma. Porque yo detesto la oscuridad y el hermetismo. Hay un aspecto en Lezama que yo no conozco bien. Me refiero a su conducta a partir del triunfo de la Revolución. Lezama no tenía la menor vocación política. Y, mucho menos, revolucionaria. Tal vez lo que lo atrajo, un poco, fueron las facilidades editoriales que se abrieron en Cuba. Me parece, sin embargo, que murió en la mayor soledad y nunca trató de irse al destierro. No sé si hizo viajes al extranjero o no. Lo que sí sé es que este hombre era, desde muy joven, inamovible, intransferible, de imposible trasplante. Era el hombre más cubano que yo he conocido.

— *¿Tuviste relaciones con todos los integrantes de estos grupos?*

Con todos o casi todos. Aun cuando, en rigor, no pertenecía a ninguno de los grupos, siempre tuve afinidades con ellos y respeté el trabajo que hacían. Tuve mucha amistad con Baquero, con Rodríguez Santos, con Ballagas, con Portocarrero, con Mariano, con Víctor Manuel, etcétera.

— *¿Fue éste tu único acercamiento a proyectos cultura-*

les de este tipo?

Sí, a partir de 1943, ya en forma más constante, me metí en el periodismo y canalicé mi inconformidad en la prensa. El periodismo, en realidad, era la salida mejor para los que queríamos salvarnos de la tuberculosis. Y en el periodismo de aquellos tiempos era indispensable la claridad en la expresión. Nada de literatura. Nada de cultura. De lo cual, por supuesto, no me arrepiento. Creo que la experiencia periodística, cuando se vive desde adentro, en forma íntima, en contacto con la historia misma, es mucho más atractiva que la creación literaria.

— *¿Cómo caracterizarías la cultura cubana de esos años tan particulares de la historia de Cuba, décadas que son el puente entre el fracaso de una revolución (la del 33) y el triunfo de otra?*

La caída de Machado, en agosto de 1933, marca una línea divisoria entre dos Cubas. Antes del 33, los que tenían el derecho de propiedad en Cuba eran los veteranos de las guerras de independencia y sus descendientes. Casi todo el comercio estaba en manos de españoles. En realidad, Machado no cayó, sino que fue destituido por Washington. Durante los gobiernos republicanos de Coolidge y Hoover, Machado fue un protegido de Estados Unidos. Roosevelt tomó posesión en 1933 y eso sirvió para intensificar la lucha contra Machado con la esperanza de que los “americanos lo tumbaran”. Eso forma parte de la tradición política cubana. Agitar “para que vinieran los americanos”. Para que intervinieran. Éramos, en realidad, un protectorado. Cuando llegó a Cuba el embajador Summer Welles se dio el caso de que tanto el gobierno como la oposición se sintieron encantados. Machado se equivocó. El estirado embajador no venía a apoyarlo sino a destituirlo. Te digo estas cosas para ponerle algo de *background* a la pregunta que me has hecho sobre la cultura. Curiosamente, el embajador, después de escuchar todos los chismes que le llevaban los cubanos a la embajada, decidió que Machado debía ser sustituido por el hijo de un héroe de la independencia. Es decir, por Carlos Manuel de Céspedes. Estaba claro que la casta de los veteranos insistía en controlar la situa-

ción. No pudo ser. Céspedes duró pocos días. Surgió el movimiento del 4 de septiembre que, originalmente, fue un alzamiento de soldados, estudiantes y obreros. Fue un golpe muy duro para Washington. Fue un fracaso. De pronto el país cambió y entró en una etapa revolucionaria. Se rompieron los amarres, todos. Una nueva generación hizo acto de presencia. Los que éramos muy jóvenes en aquellos tiempos sentimos de pronto que había esperanzas. Las manifestaciones antiimperialistas frente al Palacio Presidencial eran enormes y tumultuosas. Yo estaba allí y las vi. Yo andaba con mis pancartas. Pero aquel conato de revolución fracasó a los pocos meses. No se sabe si Batista sedujo al embajador estadounidense o si éste lo sedujo a él, pero lo cierto es que el ex-sargento, ascendido a Coronel, se apoderó del poder y desalojó a la nueva generación. Lo único positivo fue que se eliminó la Enmienda Platt. Pero, en realidad, eso no alteró mucho el escenario... Las cosas siguieron como siempre. Batista gobernó hasta 1944 con el apoyo de Washington. En este ambiente se desarrolló una cultura oficial, con una prensa de inclinaciones gubernamentales, con unos grupos pequeños, como el de Lezama, que vivían al margen de la vida. ¿Quieres que te relate una experiencia personal que te dará la medida de cómo era la cultura en aquellos tiempos?

— *Adelante...*

Allá por el año 1942 o 1943, no recuerdo bien, yo andaba todavía buscando un empleo de cualquier cosa... Esa era la tragedia de los jóvenes cubanos. Un empleo. Un destino, como se decía. Después del fracaso de la revolución del 33 todos quedamos al garete. La miseria era muy dura. La Guerra Civil Española fue un atractivo muy grande para muchos. Es interesante señalar que, a pesar de que Cuba vivía un periodo especial en tiempo de paz, como dicen ustedes ahora, a nadie se le ocurrió agarrar una balsa para llegar a Key West... Había miseria y había, realmente, persecución, pero todos nos quedamos aferrados a la isla y a su destino. Es posible que aquello se pueda explicar, cínicamente, por el hecho de que las leyes de Inmigración de Estados Unidos no le permitían a

ningún cubano llegar a las costas de la Florida sin una visa... Volviendo al tema, como te dije, yo andaba buscando un empleo y alguien me dio una carta para el Ministro de Educación, que se llamaba Fernández Concheso.

— *¿Y te dio un empleo?*

Verás. Estuve haciéndole antesala al ministro durante más de una semana hasta que el bandido me recibió con mucha solemnidad. Ni siquiera me mandó a sentar. Fue una escena infame. “Joven, de modo que usted se dedica a la literatura, ¿no?” Mi respuesta fue un tímido “Sí”. Yo no estaba seguro de nada. Existía un Departamento de Cultura y alguien me había dicho que podría conseguir una plaza de sesenta pesos allí. El ministro se quedó pensativo. Volvió a leer la carta. Era de un amigo suyo y no quería quedar mal. Por fin, tomó una decisión: “Mire, joven, tráigame un articulito sobre Martí y vamos a ver lo que podemos hacer con usted”. Y me señalaba la puerta. ¿Te das cuenta? Para poder comer en aquellos tiempos era necesario escribir articulitos sobre Martí. Creo que todos lo hacían. La cultura oficial giraba en torno a Martí. Los discursos eran sobre Martí y terminaban con los aforismos de Martí. Respondiendo a tu pregunta, yo caracterizaría la cultura cubana en el periodo entre 1933 y 1959 como opresiva. Era una tarea de supervivientes. El medio ambiente rechazaba al escritor y al poeta. Y lo mismo ocurría con las artes plásticas. Todo poeta era maricón en tanto no se demostrara lo contrario. A partir de 1944, cuando se abrió paso la libertad de expresión, uno tenía que hablar fuerte, sin desviaciones hacia la elegancia del lenguaje, para no caer mal. Jorge Mañach, por ejemplo, que tenía un modo de expresión algo castizo, era víctima de las burlas de la gente. “Es un pesado”, decían. En los medios periodísticos, donde yo me desenvolvía, era necesario salpicar la conversación con coños y carajos para no caer mal. Los medios académicos no eran mejores. Los gobiernos que tuvimos a partir de 1944, cuando se inició una etapa de libertades públicas hasta 1952, fueron gobiernos plebeyos, en el sentido de que se estimulaba, desde las alturas del poder, la incultura. Los héroes llevaban pistolas

a la cintura y se abrían paso a empujones. “En este país no se puede vivir de pendejo”, me dijo una vez un dirigente estudiantil que llegó muy lejos en el gobierno. Y era verdad.

— *¿Tenía algo de amable la vida en aquellos tiempos que hoy parecen tan remotos?*

Bueno, sí, uno se adaptaba... Uno mandaba en su propia hambre. El país estaba en manos de los más fuertes. El dinero tenía un poder absoluto. Y el poder, a su vez, te lo daba todo. A lo largo de los años vi desaparecer a mucha gente inteligente arrastrada por la corriente... Virgilio Piñera, que era un perseguido, y objeto de burlas, se fue para Buenos Aires y desapareció del escenario por muchos años. Gastón Baquero se cansó de trotar por las calles de La Habana y se metió a trabajar en el *Diario de la Marina*, donde llegó a tener un poder enorme... Sus compañeros de las revistas de poesía lo acusaron siempre, en voz baja, de haber traicionado a la causa... En realidad, no sé qué causa era ésa. Dedicar una vida entera a la literatura en un medio anti-literario era una empresa casi utópica. En eso, como ya te dije, radica el mayor mérito de Lezama Lima. Estuvo siempre al margen. En el aislamiento. Creo que Baquero le consiguió un destino (un puesto) en el Ministerio de Gobernación e iba todos los días a la cárcel del Castillo del Príncipe, a cumplir una tarea burocrática por un sueldo miserable. Luego, Baquero quiso darle trabajo en el *Diario de la Marina*, escribiendo una breve columna, y aquello provocó un movimiento de hilaridad... Nadie lo entendía. Yo creo que Lezama extremaba su oscuridad para molestar a las gentes.

— *La circunstancia de haber estado fuera del país, durante más de cuarenta años, te convierte en un testigo excepcional de lo que se denomina, en distintas formas, como el exilio, la diáspora, la emigración cubana, la comunidad cubana en el exterior... ¿Cómo caracterizarías tú, desde el punto de vista de la cultura, este fenómeno? ¿Es posible una creación cultural cubana en ese contexto, sin vínculos con las raíces y frente al desafío de una cultura tan poderosa como la norteamericana?*

Yo soy muy pesimista... La trágica vida de Reinaldo Arenas y su suicidio son la mejor respuesta a tu pregunta. El trasplante tiene siempre un

fuerte ingrediente de angustia. En los años del gobierno de Batista, entre 1952 y 1959, cuando uno tenía que abandonar una vida mejor en Cuba para asilarse en un país lleno de dificultades, el exilio era realmente político... Es decir, éramos exiliados políticos. Cuando triunfó la revolución, en 1959, hubo exiliados políticos. Por ejemplo, la gente del gobierno que había caído. Hubo también otros elementos que no estábamos de acuerdo con la Revolución y tuvimos que abandonar el país para no caer presos. Ese fue mi caso. Regresé a principios de 1959, y hasta estaba dispuesto a quedarme en el país, pero no fue posible. Tuve que marcharme. Hubo mucha gente, como yo, que no se incorporaron a la Revolución y tuvieron que escoger el camino del exilio... Quiero decirte que en 1959 el exilio era durísimo. Era en los tiempos en que el gobierno de Cuba tenía relaciones diplomáticas con Estados Unidos y la policía y las agencias federales perseguían a los exiliados de entonces... Esa situación cambió a partir de 1960... Ahora bien, la distinción entre un exiliado político y un emigrado es difícil de establecer. Sobre todo si el emigrado se empeña en parecer exiliado político. Un individuo al que le quitaron el trabajo, o le intervinieron el negocio, y decidió irse del país, difícilmente puede ser considerado un exiliado. En definitiva, si vamos a ver, la cosa no tiene mayor importancia. La patria portátil, la nación de repuesto que armaron los americanos al otro lado del Estrecho de la Florida, tiene hoy una existencia real, ya séase como exiliados o como emigrantes. Esa comunidad, que ha crecido en forma sorprendente, pesa mucho sobre el destino de Cuba y de la Revolución. No ha surgido por azar. Se origina, básicamente, en las facilidades inmigratorias que les dieron los americanos para establecerse legalmente en Miami y otras ciudades. En los años iniciales hubo, ciertamente, mucho dolor en esa masa de gentes que salió de Cuba bajo la presión revolucionaria. Pero, con el correr de los años, la cosa cambió mucho. Yo no creo que existan ya exiliados políticos. Ni siquiera los que lo fuimos en un tiempo lo somos ya. Prácticamente, para todos los efectos, todos somos ciudadanos americanos de origen cubano. Inclusive, la Fundación

Nacional Cubano-Americana está integrada, en su mayoría, por ciudadanos americanos. Con muy pocas excepciones, los llamados dirigentes del exilio son ciudadanos americanos. El tema electoral americano, tanto local como nacional, tiene hoy mayor importancia en las comunidades del exterior que el de Cuba...

— *¿Por qué?*

Porque el emigrante cubano, vamos a llamarlo así, se ha desgajado del tronco nacional de su tierra original... Es posible que no se haya integrado totalmente a la vida americana, es decir, que viva fuera de la corriente principal del país en que habita, es posible que no domine la lengua y hasta es posible que haya perdido mucho de su lengua nativa, pero no tiene nada que ver con Cuba. El hecho de integrarse a un sistema económico que le ofrece grandes ventajas, tales como créditos, pensión, asistencia médica, etcétera..., lo aparta totalmente de Cuba. Ese ser humano no tiene nada que ver con su país de origen. Es como el puertorriqueño que abandona la isla y se instala en Nueva York. Emigra por razones económicas y porque en Nueva York existe un ancho mundo puertorriqueño, pero no regresa nunca a la isla, salvo cuando va de visita.

— *¿Y el fenómeno cultural?*

Si entendemos por cultura las comidas, las fiestas, los bailes, la música, el ruido, el desorden, una cierta irresponsabilidad, un modo de vida tercermundista, algunos hábitos campesinos, etcétera, etcétera, entonces sí se puede decir que se aferran a sus orígenes... A su cultura. Pero todo, eso sí, deformado. La lengua se va perdiendo o se transforma en una especie de *spanGLISH*. Las masas cubanas en Miami, o en otras ciudades del norte, lo que hablan es una jerga a veces difícil de entender. Dentro de diez años es posible que un cubano de la isla no pueda entenderse con uno de Union City. A eso hay que agregar que la Revolución Cubana ha influido mucho en el habla del pueblo. A mí me resulta, a veces, difícil entender lo que dice un cubano recién llegado a Miami. En resumen, yo creo que hay dos mundos distintos y hasta opuestos: el mundo dentro de la isla y el

del exterior. Se ha establecido la farsa de considerar que se trata de un solo mundo, pero son distintos. No es cierto, a estas alturas, que sean un solo pueblo. Tú te sientas en un café de la Gran Vía de Madrid y te es posible distinguir al cubano de la isla del cubano de Miami o Nueva York. Los ves pasar y enseguida te das cuenta de que son dos seres distintos. Hay claros elementos diferenciales. El de Miami, que probablemente anda con pasaporte americano, camina con paso insolente y seguro, y habla a gritos. Viste distinto. Hay exageración en las mujeres y los hombres. Hay ostentación. Es el nuevo rico o el pobre que se cree rico. El que llega de la isla a Madrid se mueve con menos seguridad, es más discreto, menos rico, más modesto. Creo que Octavio Paz tiene un ensayo sobre las diferencias del mexicano de adentro y el de afuera, el chicano, que podría servir para ilustrar esto que digo.

— *¿Y por qué esas comunidades se mantienen vigilantes sobre el caso de Cuba y hasta se han vuelto amenazadoras?*

Porque a través de los años, que ya son 35, se ha mantenido vivo el caso de Cuba, la industria del anti-castrismo ha servido para que muchas gentes se enriquezcan, se ha creado la mitología de la liberación y del regreso, y las estaciones de radio en Miami, 24 horas diarias, mantienen una retórica de tipo político que es muy burda, pero que influye en la gente... Son grupos de presión que están involucrados con los intereses políticos americanos... Es decir, hay un vasto sistema de simulación política. El gobierno de Cuba ha empezado a cambiar de actitud con respecto al cubano emigrante y eso es positivo. Hasta hace poco, sin embargo, hubo la tendencia a creer que todos los que vivían afuera eran enemigos irreconciliables. Eso no es cierto. Esos emigrantes cubanos no van a regresar, en su mayoría, a la isla para vivir permanentemente. Van a ser visitantes y hasta propietarios ocasionales. No hay forma de que un cubano que haya vivido diez o quince años en Estados Unidos pueda, nunca, adaptarse a vivir otra vez en Cuba. Es materialmente imposible el retorno.

— *¿Y los hijos? ¿Los que salieron muy jóvenes de Cuba y se criaron en Estados Unidos?*

En su mayoría no tienen nada que ver con el pasado de sus padres. La mayor parte de estos jóvenes ha perdido hasta la lengua.

— *Como te preguntaba. ¿Existe una cultura cubana en el exilio?*

Yo no lo creo. Empiezo por decirte que dudo mucho de que exista un exilio cubano. Existen casi dos millones de cubanos que salieron de la isla por diversas razones y se han instalado en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos. En gran parte, se trata de una masa rural. Si tú lees los obituarios de los periódicos verás que abundan los difuntos de los pueblos de campo. Las costumbres de esas comunidades suelen ser rurales. El estilo de vida, en la mayoría de los barrios de Miami, es estrictamente rural. Por las mañanas tú oyes los gallos cantar. Los domingos matan su puerquito. Destruyen la arquitectura de las ciudades americanas y les dan su aspecto rural. La lengua que se habla por las estaciones de radio, sobre todo en Miami, es pobre. Y si te fijas en las llamadas telefónicas verás que los que hablan son gente de un nivel muy bajo. Ahora bien, si un individuo salió de Cuba con una determinada formación cultural y sigue produciendo, o sigue estudiando, o sigue creando, al margen de las corrientes que prevalecen en la emigración, no puede decirse que se trata de “una cultura cubana en el exilio”. Un árbol no hace un bosque. Existe el fenómeno individual. Hay escritores cubanos que viven afuera y que producen, bien o mal, pero que no son, específicamente, escritores del exilio. Baquero, por ejemplo, no es un poeta del exilio, a pesar de haber vivido 35 años en el destierro. Su casa en Madrid, terriblemente humilde, es un rincón de Cuba. Allí tiene su bandera, su escudo, sus libros de Cuba. Y tiene esa tremenda soledad del verdadero desterrado. A veces se le iluminan los ojos, y te dice: “Fulano me trajo unos mangos de Cuba”. O unos tamarindos. Si tú vas a una librería en español, en Miami, por ejemplo, ves una enorme cantidad de libros de poesía, de historia, de ensayos, novelas, etcétera, casi todos (hay excepciones, cla-

ro) de un nivel intelectual muy bajo. Son gente que escriben sus cositas y pagan porque se publique el libro que nadie va a comprar y, mucho menos, leer. El cubano quiere fijar su posición ante la historia y se dirige a la posteridad. Es lo que se podría llamar un ego *trip*. La vanidad los impele a publicar libros. Antiguos impresores han hecho fortuna editando estos libros que pagan sus propios autores. Además, así se forman reputaciones muy extrañas. En Miami hay un tipo que ha escrito muchos libros y se hace llamar “el Mañach del exilio”. Hay casos aislados, por supuesto, de gentes que tienen un valor intrínseco. Yo creo que, en general, la radio y la televisión de los cubanos en los Estados Unidos es muy pobre. La radio es espantosa. Las dos plantas de televisión en español son, en realidad, mexicanas o venezolanas, y son muy inferiores en todo.

— *Se habla con insistencia, en los últimos tiempos, de la voluntad de convertir a Miami en una alternativa cultural, en un modelo para América Latina. ¿Crees que eso es posible? ¿Piensas que esa perspectiva responde a una estrategia de Estados Unidos o se limita a una aspiración de ciertos sectores del exilio cubano?*

De alternativa cultural, nada. Mi opinión es que Miami es un vertedero donde desaguan todos los excedentes de población de los países del sur. Los cubanos están presionados, actualmente, por las otras nacionalidades que avanzan. Pronto, muy pronto, quedarán en minoría. Hay sectores grandes de la ciudad que han sido ocupados por los nicaragüenses, que odian profundamente a los cubanos. Los haitianos, que crecen vertiginosamente, han fundado otra ciudad dentro de Miami. Colombianos, centroamericanos, venezolanos, brasileros, argentinos, ecuatorianos, etcétera, han ido invadiendo la ciudad. Una emisora colombiana, Radio Caracol, le está pisando los talones a Radio Mambí, que es el órgano oficial de la industria del anti-castrismo. Los colombianos son más profesionales y hacen radio con mayor objetividad. Los cubanos, en estos momentos, se están moviendo hacia Orlando, donde hay trabajo abundante y posibilidades de montar negocios, etcétera. Miami hoy es, en realidad, una ciudad del Cuarto Mundo por su aspecto físico y por

el carácter de la población que se ha asentado allí. No es, de ningún modo, una ciudad americana. Es la tierra de nadie. Toda la corrupción y todo el desbarajuste que tipifican a los países latinoamericanos han venido a coincidir en un punto que se llama Miami, que no es solamente una ciudad sino una región de más de dos millones de seres humanos, legales e ilegales. Todo es posible en el mundo mágico de Miami. Todo se puede falsificar. Todo se puede comprar. Tal vez Tánger, en un tiempo, y en tono menor, fue algo parecido a Miami. Los americanos de otras zonas de Estados Unidos se espantan cuando oyen el nombre de Miami. Es una mala palabra. Lo que sí es cierto es que, dentro de unos años, existirá un tipo humano específico de Miami, diferente a todos los otros tipos de Estados Unidos y de los países del Sur. Será una mezcla de todas las nacionalidades, con una lengua propia, con costumbres propias. En ese sentido sí es cierto que Miami es una alternativa para lo peor.

— *¿Y qué me dices de la nueva generación de cubanos, los que fueron muy jóvenes para Miami o los que nacieron allí de padres cubanos y se han educado en las universidades de Estados Unidos?*

Yo, por lo pronto, no conozco ninguno que se haya destacado en nada. Debe existir, pero yo no lo conozco. La metodología de las universidades americanas es castradora. Yo he vivido y trabajado durante años en el mundo académico. Estuve diez años en Pittsburg, Pennsylvania, y obtuve un Master y un doctorado. Claro, yo no fui ganado por el sistema, porque era demasiado viejo. Pero, por lo general, el hispano que pasa por la trituradora del sistema académico americano sale entrenado para no atreverse a pensar nada que no esté debidamente documentado. Ciertamente, es una buena disciplina intelectual. Le corta las alas a la imaginación creadora. Con el vasto mundo académico de Estados Unidos ocurre lo que decía Unamuno del ajedrez. “Sí, es cierto, desarrolla la inteligencia, pero es, a su vez, una inteligencia que solamente sirve para jugar ajedrez”.

— *Hablemos de la conferencia celebrada en abril, aquí en La Habana, y a la cual asististe. ¿Qué te pareció? ¿Hubo algo positivo en el encuentro? ¿Qué opinas del tan discutido episodio del video?*

Empecemos por lo último. A mí me pareció absolutamente natural que se divulgara el video. Yo no vine a Cuba clandestinamente. Yo no hice nada ni dije nada a escondidas. Lo que vi y dije lo he publicado en Estados Unidos. Mis cartas están sobre la mesa. Fue una tontería de alguna gente esperar que se mantuviera en secreto la visita o parte de la visita. Es más, yo voy más lejos. Me pareció mal que no les permitieran a los periodistas extranjeros que entraran a la recepción y les dejaran tomar películas y fotos y grabar todo lo que se hizo, o dijo, en el encuentro con Castro. Hubiera sido saludable una política de puertas abiertas para la prensa extranjera. El gobierno de Cuba debe hacer un esfuerzo para liberarse de esos fantasmas que lo inducen a prohibir cosas y actuar a la defensiva.

— *¿Qué te pareció más interesante en la conferencia?*

Sin duda, la exposición que hizo Abel Prieto sobre “Cultura, cubanidad, cubanía”. Tengo varias objeciones que hacer a los planteamientos que hizo Abel. Es un tema que siempre me ha apasionado. Abel habla de la cultura plattista, “sostenida por una mediocre filosofía de la vida, opuesta radicalmente a toda grandeza de miras que pueda generar un cubano”. Y habla del individuo “pragmático, medroso, siempre llamando a la cordura y a las concesiones, enemigo de ideales y utopías” y se refiere a cómo este individuo se dedicó “a minar las bases del pensamiento de la independencia, martiano y antiimperialista, a través de muy diversos ropajes”. Eso es muy bonito. Comprendo que el pensamiento de Abel Prieto está encuadrado en su posición como hombre joven envuelto en un proceso revolucionario y, además, funcionario de la cultura oficial de Cuba. Esa posición es fundamental para los ideales de la Revolución. La utopía martiana es esencial para explicar el proceso que ustedes han vivido. Sin embargo, yo no participo de nada de eso y rechazo, por otra parte, la cultura plattis-

ta. Ese rechazo al plattismo me corre por las venas desde que era casi un niño. Pero yo no me siento obligado, por ninguna militancia, a hablar de la grandeza del pueblo cubano. Yo no renuncio al espíritu crítico. Y creo, realmente, que la nueva generación cubana tiene el deber de analizar el proceso histórico cubano, desde el siglo XIX hasta hoy, sin tapujos de ninguna clase y sin beaterías. Participo de la admiración a Martí pero siempre me he negado a entrar en el culto. Lo he dicho a través de muchos artículos y a través, también, de un breve ensayo. Hay que podar a Martí y ubicarlo en el lugar que le corresponde. Martí deslumbró a sus oyentes cuando estaba preparando la guerra del 95 y sembró en la conciencia del cubano un sueño que es muy hermoso, pero que ha estado permanentemente chocando con la realidad de Cuba... Martí inventó un país ideal, maravilloso, visto desde la distancia, habitado por gente superior capaz de convertir a la isla en “el fiel de América”. Durante años y años yo he estado oyendo la misma música. Abel Prieto no acaba de inventar una cosa nueva. Ese ha sido el tema preferido de todos los políticos providenciales que manejaron esta isla durante todos los años de la república que surgió en 1902. “Como lo soñó Martí...” fue la consigna preferida de los que usufructuaron el país. Las críticas a los pragmáticos y a los que trataban de racionalizar la vida política cubana estuvieron siempre presentes en el discurso cotidiano. Abel está planteando las cosas en blanco y negro. Y hay muchas tonalidades. Oponerse a la utopía no es, necesariamente, un acto plattista. Criticar al cubano y señalar las deficiencias de su carácter como pueblo no es plattismo. No ser revolucionario ni aceptar los postulados de la Revolución no es una traición a Cuba. Hay algo excluyente en la exposición de Abel Prieto que yo me siento obligado a rechazar...

— *¿Te parece que la exposición que hizo Abel Prieto en la Conferencia no fue suficientemente crítica?*

Por supuesto... No lo fue. Hubo algo muy importante en todo lo que dijo. Se ve que se está implementando una política cultural más abierta, más dispuesta al reconocimiento de los valores culturales no adscriptos a la revolución...

Eso lo entiendo. Eso me parece necesario y oportuno. La revolución ha entrado en una etapa en que tiene que volverse sobre sí misma y revisar sus posiciones. La nueva generación cubana, la generación que podríamos llamar de relevo, tiene que revisar todos los engranajes, incluyendo los mecanismos de la utopía.

— *Pero la revolución no puede renunciar a lo esencial de sí misma...*

Claro que no. Pero las esencias pueden ser revisadas. Se está viviendo en Cuba un momento trágico. Yo no creo que se le deba temer a ningún tipo de revisión. Comprendo que hay aquí, como en el exterior, una generación congelada en sus prejuicios y detenida en el tiempo, que es incapaz de someterse a una verdadera autocrítica. No pueden. Pero hay en este país gente nueva que puede darse el lujo de todas las irreverencias. Para mí, lo he dicho, los dos momentos estelares del anhelo de grandeza cubano son Martí y Castro. Por decir esto me quieren fusilar los cubanos de la diáspora o del vertedero, como te guste. Pero creo que aquí, en Cuba, me pueden entender mejor, a pesar de todo...

— *¿Por qué?*

Simplemente, porque están a la vista las deficiencias del cubano. Eso no se puede ocultar más. Yo sé que lo que digo va en contra del espíritu de propaganda, pero hay que admitir que el pueblo ha desertado de esos dos momentos estelares a que me refero... El proyecto que le presentó Martí al pueblo de Cuba, y a los dirigentes de la guerra, era realmente hermoso. Pero tan pronto Martí desapareció en Dos Ríos comenzó el proceso de destrucción del proyecto. Solemos acusar mucho a los americanos de que “nos sobornan”. Pero nos olvidamos de la parte que tomamos en ese contubernio. Hasta ahora yo he visto que nos sobornan porque queremos ser sobornados y lo buscamos. La Generación del 95 se entregó con entusiasmo en manos de los “salvadores”, con muchas excepciones, por supuesto... Siempre las hay. Pero el periodo entre 1902 y 1959 fue realmente humillante. Yo viví en el ámbito de esas humillaciones... También vi cómo terminó la

utopía revolucionaria de 1933... El proyecto que le diseñó Fidel Castro a los cubanos a partir de 1959 también era hermoso.... Pero, sin embargo, ya a fines de 1959, cuando todavía no habían comenzado los problemas graves en el país, muchos de los principales dirigentes del proceso contra Batista, y también elementos que procedían de las filas de la revolución, salieron corriendo hacia Washington para suplicar que los sobornaran... ¿Cree Abel Prieto que es malo decir estas cosas? ¿Se puede mejorar al pueblo ocultándole sus defectos o arrojándose los al rostro? No hay que olvidar que hay casi dos millones de cubanos que han desertado del país y andan por el mundo hablando horrores del proyecto de Fidel Castro... Yo sostengo que si este fuera, en realidad, el pueblo que soñó Martí, y el que se imaginó Castro en 1959, la Revolución, que ofrecía un programa lleno de dignidad nacional y de rebeldía, habría triunfado y no habría hoy en Cuba un periodo especial en tiempos de paz...

— *Pero no se puede desconocer que la mayoría del pueblo cubano apoyó y sigue apoyando la Revolución...*

Tengo que admitirlo porque la revolución dura. Es decir, está ahí, viva. Y yo confieso que me sentiría muy triste si fracasa y cae. La idea de que aquí ocurra un vuelco y el trabajo de 35 años ruende por el suelo me angustia, a pesar de que no tengo nada que ver con la Revolución ni voy a retornar a Cuba. Yo siento una profunda admiración por el ideario de Martí, y también admiro, sin duda, el esfuerzo extraordinario que ha hecho Castro por convertir este pueblo en un gran pueblo, en el “fiel de América” que quería Martí. Ha logrado poner a Cuba en el mapa mundial, sin ningún género de dudas. Pero tengo poca fe en el pueblo cubano. La experiencia que he tenido con los cubanos que forman eso que llaman exilio no me deja espacio para ubicar la fe... Estoy seguro de que estas cosas que yo digo, en voz alta y públicamente, las piensan muchas gentes en la soledad de sus conciencias. No es, como dice Abel, cultura plattista. Es, tal vez, escepticismo. La única esperanza que me queda, en serio, es que la Revolución evolucione, que la nueva generación ponga a un lado las utopías y avance

sobre el futuro con un espíritu más crítico y sin renunciar a la dignidad nacional.

Hasta aquí la entrevista a Luis Ortega. A continuación, el texto de Abel Prieto que resultó de la lectura de estas reflexiones.

Martí y “la masa inteligente y creadora”

Es muy poco probable que el lector de *La Gaceta* conozca mi texto “Cultura, cubanidad, cubanía”,¹ al que se refiere en extenso Luis Ortega. Esta circunstancia, y el peso que en nuestros debates de hoy tienen los temas comentados en la entrevista, me obligan a incluir aquí numerosas citas del trabajo mencionado y algunas –inevitables– precisiones.

1. Según Luis Ortega, en mi trabajo se establecen dos posiciones antitéticas con respecto a la valoración del ser nacional cubano: de un lado, la idealizante, ajena a toda crítica, propia de esa versión suya de la utopía martiana (Cuba como “un país ideal, maravilloso, habitado por gente superior”), que la Revolución de 1959 hereda y continúa, empeñada en halagar a un pueblo que no vale demasiado y en diseñarle un destino muy superior al que merece y al que es capaz de construir; del otro, la imagen propia de la “cultura plattista”, que asume las rebajadas caricaturas coloniales del cubano, las enriquece con elaboraciones propias, las combina con una imagen exaltada del yanqui y de todo lo extranjero, y termina aceptando la condición subordinada de Cuba y de los cubanos como un imperativo geopolítico y étnico.

Frente a estas alternativas, Luis Ortega reclama la legitimidad de una tercera posición: un rechazo visceral a la “cultura plattista”, acompañado, al propio tiempo, de una refutación del “culto” a Martí (a quien hay que “podar”, para colocarlo en un lugar razonable y justo), y –sobre todo– de cualquier visión mesiánica de un pueblo “que ha desertado de los dos momentos estelares del anhelo de grandeza cubano”: la República martiana y el proyecto revolucionario de 1959. A partir de ahí, propone a

¹ Circuló muy limitadamente en forma de folleto y está incluido en Conferencia *La nación y la emigración*, Editora Política, La Habana, 1994.

“la nueva generación” una lectura a fondo, sin “beaterías” ni “tapujos”, de nuestro proceso histórico y de los propios defectos del pueblo cubano, poniendo a un lado las utopías, para “avanzar sobre el futuro con un espíritu más crítico y sin renunciar a la dignidad nacional”.

2. No pretendí caracterizar, en el texto comentado, a nuestro ser nacional, que no es, como se sabe, algo hecho, fijado, mensurable. Definir ese ser nacional que se renueva día a día, ha sido siempre una obsesión entre los cubanos, y una especie de tarea pendiente, siempre necesaria, siempre inacabada, que pasa de una generación a otra. Quise más bien pasar revista a las diversas percepciones que sobre nosotros mismos hemos fabricado o importado; pero, de modo inevitable, aludí también a “las zonas oscuras de lo cubano”, con ese “espíritu crítico” que forma parte orgánica, a mi modo de ver, de las elaboraciones teóricas y prácticas de Martí y Fidel.

En “Cultura, cubanidad, cubanía” hablé, precisamente, de errores a los que nos ha conducido en ocasiones la falta de ese “espíritu crítico”:

La nueva autopercepción del cubano tropezó con esquemas de la propia propaganda revolucionaria, a través de estereotipos que borraban en un esfuerzo inútil ciertas constantes de nuestra idiosincrasia. La aspiración de promover un “héroe positivo”, a la que no estuvieron ajenos por momentos el arte y la literatura, dio lugar a pobres arquetipos, donde el cubano resultaba irreconocible (Prieto, 1994:61).

Al propio tiempo, luego de subrayar las virtudes excepcionales que se potenciaron en el cubano luego del triunfo revolucionario, reconozco

que la relevancia adquirida por estos rasgos y valores no significó la desaparición de personajes, conductas y concepciones asociadas tradicionalmente a nuestro ser nacional, y relacionados por muchos pensadores con las frustraciones y adversidades en que se gestó. Algunos de ellos, in-

cluso, se integraron al nuevo medio socioeconómico y resurgieron con apariencias novedosas. El pícaro cubano, el “bicho”, por ejemplo, replegado por momentos, más impúdico y voraz en ocasiones, ha estado presente con un disfraz u otro a lo largo del proceso revolucionario; y ahora, gracias a la crisis económica, ha florecido. Aquel “vivir en el presente”, hedonista, sin futuro, aquel nihilismo que fue una pesadilla recurrente en todos los investigadores de lo cubano, cobra fuerza en las condiciones actuales y se vincula con el desgaste ético. Paternalismo, incompetencia administrativa, descontrol, y una pobre exigencia, entre otros ingredientes, ha abierto, más de una vez, un espacio propicio a aquellos vicios clásicos relacionados con la dispersión, la indisciplina y el “cubaneo”, en el peor sentido de la expresión. Hemos visto así, a lo largo de estos años, junto a muestras extraordinarias de constante heroísmo y energía creadora, la presencia intermitente, pero obstinada, de las zonas oscuras de lo cubano (Prieto, 1994:65-66).

El “espíritu crítico” o “autocrítico”, o como quiera llamársele, no es exclusivo del escepticismo, ni de la falta de confianza en el pueblo, ni está reñido con los anhelos de grandeza que han guiado los “momentos estelares” de la cubanía.

3. Sólo un riguroso “espíritu crítico”, martiano y fidelista, sostenido en la fe en el “mejoramiento humano” y en un destino digno para Cuba y sus hijos, nos permitiría revisar nuestro proceso histórico “a través de dos imágenes contrapuestas”:

la estampa bíblica del pequeño David que enfrenta al desmesurado Goliat, de un lado; y, del otro, la estampa de Gulliver, cuando despierta en las playas del país de los enanos, y está atado de pies y manos por el hormiguero de liliputienses. En la célebre carta-testamento de Martí, que empezó a escribir el 19 de mayo de 1895, aparecen en cierto modo estas dos imágenes (Prieto, 1994:67).

Señala por su nombre, como sabemos, al gigante Goliat y a sus apetitos expansivos, y reclama para sí “la honda de David”, pero, de inmediato,

vuelve sobre una de sus obsesiones: “la actividad anexionista”, “contenta solo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres”. Esos enanos de alma, esos liliputienses de “cubanidad castrada”, de “cubanidad estacionaria”, han procurado obstaculizar los vastos designios de la cubanía: siempre han estado ahí, entorpeciendo con sus pequeñas miserias la acción de los cubanos grandes. Son, según Martí, los “timoratos o ambiciosos”, que llevan tan arraigado “el hábito de servidumbre (...) que les quita toda confianza en sí, y, aliado de la soberbia, llévala hasta suponer en los demás la impotencia que sí propios reconocen”; son, según Ramos, “una plaga social positivamente peligrosa” para la cual “el patriotismo es una farsa; ningún prestigio intelectual cubano les merece respeto”; son, según Ortiz, los “bachilleres rutineros, vulgares y socarrones, que intentan echar por tierra a todo caballero que defienda a botes de lanza la Dulcinea de su ideal”; son según Collazo, los que juzgan “a su pueblo díscolo, inepto y sin condiciones para tener vida propia”.

Los defensores de la cubanía tenemos, pues, dos enemigos: el gigante Goliat, con todo su poderío económico, militar y político; y los liliputienses, con su mediocridad, su oportunismo, sus ambiciones y su capacidad para roer e intrigar (1994:77-78).²

² Las citas de Martí provienen de la Carta-testamento a Manuel Mercado y del artículo “El remedio anexionista” (1892 y 1895), *Obras completas*, t. xx y ii; José Antonio Ramos, *Manual del perfecto fulanista* (1916); Fernando Ortiz, *Entre cubanos* (1913); Enrique Collazo, *Los americanos en Cuba* (1905). Las expresiones “cubanidad castrada” y “cubanidad estacionaria” son, respectivamente, de Fernando Ortiz, *Los factores humanos de la cubanidad* (1949) y Elías Entralgo, *La liberación étnica cubana* (1953).

En el Martí que prepara la Guerra del 95 se advierte la necesidad, la urgencia, por momentos dramática, de levantar la moral de los cubanos y su espíritu de lucha, y encontramos también, incesantemente, en discursos, artículos, cartas y apuntes, la denuncia de las mezquindades, bajezas, envidias, deslealtades y actos de soberbia que acompañan a la épica y a los procesos de fundación, en Cuba y en todas partes. Tiene un olfato especial para los homúnculos de Liliput, y, dondequiera que advierte sus huellas, da la voz de alerta. Así polemiza, implícita y explícitamente, con todos los que de un modo u otro se oponen a la idea de la independencia; pero polemiza al propio tiempo, y sin tregua, con los que pueden llevar sus vicios y limitaciones a la patria nueva, y la quiere salvar, aun antes de su nacimiento, de malformaciones y bajos intereses. No nos confundamos con el noble estilo martiano de poner el elogio por delante y de hablar “en positivo” de nuestros hombres y nuestras obras: su verbo fue a veces áspero e inapelable como una fusta, contra enemigos y tendencias que había que descalificar de inmediato y sin ambages; pero, aun cuando se orienta a honrar y reverenciar, y a edificar paradigmas, está armado de un “espíritu crítico” que no descansa.

Hay una dialéctica similar en los textos fundamentales de la Revolución, y específicamente en los discursos de Fidel Castro, donde se han combinado los requerimientos movilizativos, el empeño por resaltar modelos de conducta y las mejores virtudes del pueblo cubano, y un “espíritu crítico”, y autocrítico, destinado a evaluar deformaciones, idealismos y errores brotados en el fragor de los combates inéditos de estos años. En el ejercicio de ese “espíritu crítico” se ha sustentado la capacidad de autorrenovación del proceso revolucionario, sus posibilidades rectificadoras, su esencia antiburocrática y creativa.

4. Eso sí, tanto el proyecto de Martí como el de la Revolución del 59 se basan, sin duda alguna, en una fe muy poderosa en el pueblo cubano, en sus potencialidades, en su aptitud, mil veces demostrada, de recuperarse de las derrotas y de las frustraciones, y de apostar masivamente por

la esperanza, por las “utopías”, enfrentando riesgos y sacrificios incontables. No es posible juzgar un pueblo por los que han desertado de sus momentos de gloria, o por los que se han dejado sobornar, o por los que han reclamado que los sobornen; tampoco sería válido juzgarlo —es cierto— a partir de sus hombres de vanguardia. Sólo su comportamiento histórico tiene validez en este sentido, y la historia nos revela, con la terquedad de los hechos, que este pueblo, luego de frustrada la República martiana, ha apoyado masivamente a todo líder o programa que le ofreció una alternativa al estatus neocolonial, una posibilidad de independencia, de adecentamiento, de levantar una Cuba más limpia y justa.

Este pueblo diezmado por la reconcentración genocida de Weyler se desangró y arruinó en una larguísima guerra contra el colonialismo español; apenas veinte años después de la humillación plattista, gestó en su seno las fuerzas nuevas, de avanzada, antiimperialistas, progresistas, que se revelaron en la “década crítica”, y se levantó contra Machado, y vivió una nueva y lacerante frustración; creyó más tarde en Grau³ (a quien sentía escoltado por el fantasma de Guiteras⁴), sólo para ser engañado otra vez; se agrupó en torno a Chibás⁵ y a las expectativas de limpieza moral de la Ortodoxia; se sumó a la lucha contra Batista y, después de medio siglo de dominación yanqui, en que pretendieron enseñarle a obedecer y a servir, a oír sólo y para siempre la Voz del Amo, cerró filas con la Revolución, en Playa Girón, en la Crisis de Octubre, y hoy mismo, cuando el Imperio no tiene contrapeso alguno y quiere rendirlo por hambre. Con esa historia, el pueblo cubano no necesita defensores.

No resiste el menor análisis histórico la idea de que el pueblo cubano “desertó” del proyecto

martiano y del proyecto revolucionario del 59. La liquidación, en estado fetal, de la República martiana, estaba en el centro de los planes yanquis con respecto a Cuba: para ello fue el Maine, y la intervención en la guerra contra España, y el uso de las tropas de ocupación como punta de lanza y arma de chantaje, y el hábil manejo de la división entre los líderes cubanos, y el desarme y disolución del Ejército Libertador, y el plattismo. Hubo responsabilidades de diverso grado entre los líderes cubanos: desde los que, de buena fe, fueron manipulados por los yanquis, hasta los que colaboraron conscientemente en la gestación del engendro neocolonial. El pueblo cubano fue una víctima, del Imperio en primerísimo lugar, y luego de los errores y de la falta de visión de sus propios líderes, y responsabilizarlo con el desmantelamiento del proyecto martiano es injusto y absurdo.

La Revolución que triunfó en el 59 está viva y vigente, y como admite el propio Luis Ortega, tiene a su lado a la mayoría del pueblo.

5. Tampoco es posible reducir el papel de los yanquis en la corrupción republicana al de meros “sobornadores”. Está claro que durante la segunda intervención norteamericana hubo un esfuerzo consciente y sostenido de los interventores en corromper a quien se dejara corromper entre los sectores políticos cubanos.⁶ Y es cierto también que hubo muchos que acudieron con entusiasmo a ese llamado. Sin embargo, la responsabilidad mayor de los yanquis en la decadencia moral republicana es a otra escala: tiene que ver con la implantación en Cuba de un modelo de teatralización de la independencia, donde los propios fundamentos de la política nacional estaban contaminados. Es en términos estructurales, más allá incluso de la cadena de frustraciones y humillaciones que está en la superficie de nuestra historia, como debe verse el papel de los yanquis en el envilecimiento de la sociedad neocolonial cubana. Es en el mensaje clave que emana del modelo mismo, y en la plataforma de degradación mo-

³ Ramón Grau San Martín fue presidente de Cuba en dos ocasiones: 1933-1934 y 1944-1948.

⁴ Antonio Guiteras Holmes, líder revolucionario cubano, de intransigente posición antiimperialista. Ocupó el cargo de Secretario de Gobernación, Guerra y Marina durante el gobierno de Ramón Grau San Martín. Murió en combate enfrentado al ejército que comandaba Fulgencio Batista.

⁵ Eduardo Chibás, líder político, fundador del Partido del Pueblo Cubano o Partido Ortodoxo, que agrupó a parte de la juventud cubana en la década de 1950. Fue candidato a la presidencia.

⁶ Jorge Ibarra (1992:4-5) hace un brillante análisis de estos procesos en *Cuba: 1888-1921. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

ral que a escala de toda una nación contribuye a fundar un mensaje como ese: Cuba y los cubanos están condenados fatalmente a la dependencia y a la subordinación. Como vimos, como ha demostrado la historia, ese mensaje no logró nunca echar raíces en la conciencia nacional.

Por otra parte, aunque a lo largo de nuestro itinerario histórico, y hasta nuestros días, haya habido un buen número de cubanos sobornables y corruptos, creo que muchos otros pueblos podrían competir con nosotros, y hasta con ventaja, en esas tristes olimpiadas. Basta echar una ojeada al mundo de hoy, donde los escándalos de corrupción comprometen a hombres públicos de todas las razas y colores. Las hazañas de algunos de nuestros célebres políticos ladrones palidecen ante las noticias que nos llegan, por ejemplo, desde el Norte desarrollado. Sin duda, el fraude, el juego sucio y el soborno, son patrimonio universal, por encima de etnias y nacionalidades.

No es en esas olimpiadas, por supuesto, donde nos interesa participar. No renunciamos al ideal del Che, a ese “hombre nuevo”, que también estuvo presente, con otros hombres, en el proyecto martiano. En nuestra historia reciente, hemos podido presenciar en el pueblo revolucionario gestos de entrega, generosidad y altura moral, que son chispazos, prefiguraciones de ese cubano superior. La recurrencia entre nosotros de los hijos de Liliput

no debe conducirnos a aquella angustia y a aquel fatalismo que acosaban a tantos pensadores honestos en la república plattista. La estructura de dependencia, y el clima cultural y moral que le corresponde, son las bases históricas para la vida y la multiplicación de estas zonas oscuras de lo cubano, y la Revolución abolió tales fundamentos. Este es un paso decisivo, un dato clave que no debemos perder de vista, ni permitir que nos sea ocultado por ningún retroceso coyuntural, por ningún “caso”, por ninguno de los “enanos con casaca de papel” anatematizados por Martí (Prieto, 1994:66).

6. La objeción más radical que hace Luis Ortega a “Cultura, cubanidad, cubanía” tiene que ver con su “encuadre” diacrónico y sincrónico: es un texto que se enmarca, por una parte, en la tradición del “como-lo-soñó-Martí” de los “políticos providenciales” de la seudorrepublica (“la misma música”); por otra, está “encuadrado” en la posición de su autor (es decir, mi posición) “como hombre joven envuelto en un proceso revolucionario y, además, funcionario de la cultura oficial de Cuba”, y hay que leerlo dentro de la lógica de “la utopía martiana”, basamento teórico “esencial para explicar el proceso que ustedes han vivido”, “fundamental para los ideales de la Revolución”.

Aquí Luis Ortega acude a un recurso muy cubano, muy usado entre nosotros: la descalificación de un cuerpo de ideas, no por la vía de los argumentos, sino descubriéndole intenciones y parentescos, y apelando a las tan útiles etiquetas. El Martí desteñido, inofensivo, castrado, que era citado en cápsulas por los politiqueros antes de 1959, nada tiene que ver con el que está, efectivamente, en el centro del ideario revolucionario de hoy. Y mi lectura de Martí está hecha desde la Revolución, que es un punto de vista privilegiado para hacerla, y se gestó en las clases que recibí de un martiano indispensable, Roberto Fernández Retamar, mucho antes de convertirme en representante de la “cultura oficial”. No es una lectura propagandística o instrumental, pero tampoco es una lectura descontaminada, aséptica, ni de laboratorio, y siento que se vincula de manera muy particular con mis experiencias a lo largo de estos años tan intensos, que son las de mi generación y las de mi pueblo. Si eso la hace “oficialista”, no puedo ni quiero evadirlo.

En Martí, dijo Cintio Vitier de modo inmejorable:

se articula definitivamente el sentido, la organicidad y la dirección progresiva y ascendente —por muchas que sean sus vicisitudes, retrocesos y altibajos— de toda nuestra historia (...) Martí nos legó nuestra historia misma, desde los fundadores hasta el más lejano futuro imaginable, concebida como un discurso coherente y

como un camino en ascenso. Y cuando decimos esto no estamos pensando que Martí (...) llevó a cabo una artificiosa y fatal “lectura teleológica” de nuestra historia, la cual nos ha sido impuesta por la Revolución como una especie de superchería o fanatismo nacionalista, sino que su deslumbrante y humilde genio consistió en coincidir de tal modo con las más profundas aspiraciones de lo mejor del pueblo cubano, que tuvo el derecho de sentir, pensar y hablar en su nombre [...] (Vitier, 1992:4-5).

¿Cómo “podar” a Martí sin perder el hilo, el sentido mismo de la nación cubana? Más que “podar” el pensamiento martiano, hay que hacerlo crecer ante los nuevos desafíos de Cuba, de América Latina y de todo el Sur. No es, por supuesto, un “culto” idiotizado, sino una relación viva y creadora con el cubano mayor, con el cubano imprescindible, lo que hoy necesitamos. Convivir con Martí, y hacerlo crecer cada día más entre nosotros, no significa renunciar al “espíritu crítico” ni al “sentido práctico”, ni a una permanente relectura, incisiva y lúcida, de nuestro proceso histórico; es, por el contrario, el único modo fecundo de enfrentar estos retos.

La mirada crítica sobre el presente, y sobre el pasado, y la formulación de pasos prácticos para hoy y mañana, no pueden diseñarse a la intemperie, sin una plataforma que otorgue “sentido” a esos empeños. Esa plataforma conceptual está en el pensamiento martiano: no hay otra forma para Cuba y los cubanos si pretendemos salvarnos de la absorción, y consolidar nuestro destino propio. El “espíritu crítico” y el “sentido práctico” degeneran, si no están sólidamente plantados en “un discurso coherente” y en “un camino en ascenso”, si no se acompañan de una visión “teleológica” o “utópica”, o como quiera llamársele, y terminan con las manos vacías, sin valores, sin asidero, y en el más mediocre pragmatismo.

Los dos ejes básicos para dar continuidad al proceso revolucionario, para mantener nuestra independencia y nuestro proyecto de igualdad

y justicia, son el ideario martiano, en toda su plenitud y vigencia, y la confianza en el pueblo cubano, en “la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros” que Martí no dejó de contemplar nunca, por encima de la algarabía, a veces abrumadora, de pícaros, bribones y siememesinos (Prieto, 1994:66).⁷

7. No quiero terminar estas notas sin decir algo que pienso sobre Luis Ortega. En los últimos tiempos he leído varios de sus artículos —publicados en Nueva York y Miami— y en ellos descubro siempre una posición honesta, independiente, que no da tregua a los profesionales de la “industria del anticastrismo” y mantiene, al propio tiempo, una actitud respetuosa hacia la Revolución. En medio del griterío que siguió a la Conferencia de abril, cuando la hidrofobia anticubana estaba en su temperatura más alta, la voz de Luis Ortega, con la de otros participantes en el encuentro, desafió la histeria, frontalmente, sin medias tintas, y dijo verdades como piedras. Recientemente acusó a “los grupos de Miami” de ser “los cómplices de una política americana que siempre ha partido del supuesto de que los cubanos son indolentes, incapaces de gobierno propio, apáticos, corruptos, enemigos de todo esfuerzo serio, etcétera, etcétera, tal como se publicaba en los diarios de Filadelfia en 1889 y que provocó la ira de Martí” (Ortega, 1994:23-24).

Percibo aquí una fecunda contradicción entre el Luis Ortega que confiesa su “poca fe” en nuestro pueblo, y el que denuncia la política imperial y sus fundamentos: una versión envilecida del cubano que comparten los representantes de Goliat y los anexionistas y liliputientes del exilio. Siento que a él también, como a mí, como a todos nosotros, nos quema todavía, más de cien años después, la indignación de Martí ante la afrenta. En ese pesimismo arrasador del que hace profesión de fe Luis Ortega, veo fisuras, y el deseo auténtico de que la utopía cubana se haga posible, sin “podas” que la malogren ni traicionen.

⁷ La cita es de la Carta-testamento a Manuel Mercado.

Bibliografía

ORTEGA, Luis (1994), “Consideraciones sobre la nación apócrifa”, en *Contrapunto*, Miami, año 5, núm. 8, agosto.

VITIER, Cintio (1992), *Algunas reflexiones sobre Martí*, Palacio de las Convenciones, La Habana, intervención en la Conferencia “José Martí, hombre universal”.